

TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN: ¿POR QUÉ ESA DESCONFIANZA?

¿A qué viene la desconfianza de algunos en la teología de la liberación? ¿Por qué algunos están ya preparados para celebrar sus exequias? Estas preguntas que, de entrada, se plantea el autor del presente artículo, no pretenden causar sorpresa ni suscitar suspicacias, sino alertar sobre el cambio de situación producido tras la caída del comunismo real. Ciertamente que la teología de la liberación ha sufrido el impacto del cambio, sobre todo porque el neoliberalismo ha quedado dueño del campo. Pero no hay que perder de vista que la teología de la liberación hunde sus raíces en el mensaje bíblico y en el Evangelio de Jesús y que sus destinatarios continúan siendo los desheredados de la tierra.

Théologie de la Libération. Pourquoi cette méfiance? Études 385 (1996) 81-91.

¿Por qué la teología de la liberación (TL) suscita desconfianza en determinados sectores de la Iglesia oficial? ¿Por qué ese anuncio anticipado de su defunción? Con la caída del comunismo habría perdido su soporte marxista y no le quedaría otra posibilidad que la de desarrollarse en el campo menos ideológico y menos conflictivo de la justicia social. El paso con armas y bagajes de muchos al capitalismo liberal ha producido desconcierto en unos y alivio en otros.

La historia "a partir de su reverso"

Que el cristianismo sea efectivamente una buena noticia para los pobres constituye el objetivo máximo de la TL. Si esto es así, ¿qué es lo que no se dice pero condiciona a una parte de la Iglesia oficial y a determinados medios periodísticos que mantienen esa desconfianza? Esto: la TL es profundamente subversiva.

Los pobres son los sujetos activos de su destino. El reconocimiento de sus derechos cívicos, económicos y sociales no lo esperan de los que ocupan el poder, sino de su movilización y de su lucha. Haciendo balance del decenio que siguió a Medellín, reconocía Puebla en 1979: "Los pobres han comenzado a organizarse para vivir integralmente su fe y, por tanto, reclamar sus derechos. La Iglesia les ha animado también en ese sentido". (nº 1137).

Pese a este reconocimiento tan significativo, determinadas instancias del poder eclesial actúan a menudo de otra forma. Se dirigen a los poderosos y les piden que se preocupen de los pobres y de respetar sus derechos. Naturalmente la TL no se opone a esa colaboración entre el poder espiritual y el temporal. Pero su planteamiento de fondo es distinto: ella concientiza preferentemente las capas sociales explotadas y desfavorecidas. Quiere formar un "hombre nuevo". Con estas capas sociales sus "obreros" desmontan las piezas de un sistema que bloquea toda transformación y hace que, pese a los progresos de la democracia registrados últimamente, la situación social continúe degradándose. Es aquí donde la TL se sirve de elementos del análisis

económico y cultural, recibidos de la corriente marxista, pero que están comúnmente aceptados en una sociología de tipo "accionalista".

La TL no pretende organizar la lucha de clases, como a veces se nos quiere hacer creer. Pero sí que pone al desnudo la explotación del hombre por el hombre, bajo la forma de un sistema socioeconómico que, desde el principio, establece la desigualdad y la discriminación. Que las masas tomen conciencia de su situación, que se unan y luchen para salir de ella resulta indispensable, si se quiere invertir el curso de la historia. Una historia vivida y descifrada a partir de su reverso, según la célebre expresión de Gustavo Gutiérrez, o sea, a partir de las frustraciones seculares de la humanidad desposeída.

No bastaría afirmar que la TL invita a la Iglesia en su conjunto a hacer "una opción preferencial por los pobres", a menos de sopesar bien todo lo que implica este compromiso. Su punto de partida es la liberación de los hombres cautivos. Mujeres y hombres, animados por la fe y el amor que encuentra expresión y aliento en esa teología, viven, evangelizan, trabajan y mueren en medio de ellos y con ellos. La causa de ellos es la suya. Es la causa de Dios. "Por la opresión del humilde, por el lamento del pobre, ahora me levanto y pongo a salvo al que lo anhela", dice Yahvé (Sal 12,6).

Jesús, el Liberador

Subversiva lo es la TL: en sus fuentes bíblica y evangélica. Si nació de una conciencia y de una lucha populares, en un segundo momento se ha vuelto hacia la Palabra de Dios. Y en adelante se nutrirá y avanzará bajo su impulso. Hace constar la inserción histórica de Jesús entre los pobres. Y antes de escrutar los misterios de nuestra salvación, se dedica a seguir todo el itinerario de Jesús, el liberador: lo que hizo y lo que dijo, cuáles fueron su estilo, su mentalidad, sus preferencias, quiénes fueron sus enemigos y cuáles los dioses que quiso derrocar. ¿Cuáles fueron entonces y cuáles son ahora los signos de los tiempos?

¿Qué trama de rechazos e incompatibilidades llevaron a Jesús a la muerte? ¿Cuál fue el cauce histórico por el que el pecado del mundo desembocó en la condena de Jesús? ¿En qué actitud particularmente tenebrosa y odiosa culminó? La cuestión no es inocente. Fue un supremo pecado de injusticia.

La entrega voluntaria que Jesús hizo de su vida por obediencia a su Padre y por amor a los hombres no nos dispensa de discernir en este drama las responsabilidades humanas, que pueden definirse históricamente y que cabe trasponer. Los adversarios de Jesús se ensañaron en un profeta que, con sus palabras y sus actos, ponía en peligro su posición, sus privilegios, su poder; que hacía de la Ley la salvaguarda de su conservadurismo social y religioso y, para algunos, incluso económico. Ese Jesús perseguido, condenado, eliminado, figura-tipo -"He ahí al hombre" (Jn 19,5)- del hombre injustamente despojado y machacado, vive y muere hoy en toda persona con la que se identifica: muchedumbres sin cuento, masas humanas en las que prosigue su pasión hasta que vuelva.

Las dos vertientes del misterio pascual

La vertiente oscura y mortífera del acontecimiento pascual se perpetúa en las clases oprimidas y abandonadas de la sociedad. Su situación no se debe, las más de las veces, a una fatalidad inscrita en la naturaleza de las cosas, sino a la injusticia de las estructuras y de los intereses dominantes, cuyos hilos están manejados por personas y por grupos socioeconómicos y/o políticos determinados, nacionales o internacionales.

Ayudada por otras disciplinas humanas, pero conservando ella la clave de la interpretación, la teología trata de discernir los factores, en los que se enfrentan el bien y el mal moral, bajo el control de una libertad que se halla envuelta en el misterio de iniquidad, instigado por el "Príncipe de este mundo".

También la vertiente luminosa del misterio pascual -la Resurrección de Cristo- ha de estar activa en cuantos están agobiados por el mal. A no ser que se opte por un cristianismo de compensaciones celestes, el realismo creyente no puede esquivar esta pregunta: ¿qué resurrección existe hoy para tantas mujeres, niños y hombres, burlados en sus aspiraciones y en sus derechos elementales y que tienden sus brazos hacia el Liberador?

Como en tiempos del éxodo, también hoy la opresión de su pueblo le resulta insoportable a Dios. Jesucristo es salvador y liberador de una pieza. No salva del pecado sin cambiar efectivamente nuestras relaciones con el otro, con el poder, y con los bienes económicos. Las palabras de Jesús en Lc 4,18 vienen a ser la carta de la TL: "Él me ha ungido para que dé las buenas noticias a los pobres" (Lc 4,16-21).

Una teología con fuerte incidencia política

La Iglesia se halla ante un dilema: o tiene una concepción espiritualista de su misión y no deja que el impacto liberador del Evangelio le dé de lleno o se amarra con todas sus fuerzas a las promesas de Dios y a la misión de Jesús y se esfuerza por abrirles camino en nuestra historia solidarizándose institucionalmente con los pobres. Esto último no excluye ni el encuentro personal con Jesús, ni la plegaria ni la hondura espiritual del mensaje ni su extensión a todas las dimensiones de la vida de la antropología ni su alcance escatológico, pero lo orienta con la mayor premura a mejorar la vida humana en este mundo para que los más desprotegidos y excluidos lo puedan experimentar como la venida del Reino de Dios.

A este respecto, es iluminador un texto de Medellín (1968): "La paz con Dios es el fundamento último de la paz interior y de la paz social. Por esto, allí donde la paz social no existe, allí donde existen injusticias y profundas desigualdades sociales, políticas y culturales, hay un rechazo de la paz dada por el Señor; más aún un rechazo del Señor en persona".

Mt 25 es otra antorcha de la TL. Cristo no se encuentra solamente en sus seguidores, en sus enviados y representantes, en la Eucaristía. En todo hombre maltratado o necesitado está visiblemente presente Cristo. Sabemos que estas mujeres, hombres y niños, que están "al margen de la vida" (Pablo VI), son millones en nuestro mundo. Y por esto la Iglesia no debe cejar en su empeño a favor de estos miembros y en contra del desmembramiento de Cristo, que le afecta substancialmente y que le aliena.

Es normal que, en estas circunstancias, la TL sea una teología de fuerte incidencia política. Pero no se cierra. La idea de liberación concentra en sí, de un modo específico, un desafío más vasto: conquistar nuestra auténtica felicidad en diversos ámbitos a partir de polos dialécticamente opuestos, inconclusos y afectados por el mal. Pues la TL es una teología abierta.

Oportuna, útil y necesaria

El Papa y numerosos miembros de la jerarquía eclesiástica comulgan con la TL, en cuanto a sus intenciones. Baste recordar las palabras de Juan Pablo II a los obispos del Brasil reunidos en asamblea plenaria en abril de 1986: "Estamos convencidos, vosotros y yo, de que es no sólo oportuna, sino también útil y necesaria". Y los documentos de Medellín, Puebla y Santo Domingo son los mejores testimonios de esta teología.

Lo que explica la reticencia de Roma y de buena parte de la jerarquía no es tanto la incompatibilidad entre la concepción marxista y la fe cristiana. Porque la TL ha dicho y repetido que del marxismo tomaba únicamente algunos elementos que consideraba necesarios: la afirmación del pueblo como artífice de su historia, determinados elementos de análisis socio-económico, la realidad del conflicto social, el funcionamiento de la ideología dominante y la importancia de la causalidad material en la historia. Pero esos elementos se utilizan en función del mensaje bíblico y de la teología del Vaticano II y quedan rebasados por el Espíritu de Jesús que actúa en el corazón de los pobres. Hay toda una espiritualidad de la pobreza evangélica que, desarrollada al socaire de la TL, proporciona al pueblo y en especial, a las comunidades eclesiales de base las orientaciones más importantes (Véase al respecto el inspirado y extraordinario capítulo de Puebla "Opción preferencia; por los pobres").

Una teología incómoda

Lo que el magisterio teme es que el mensaje cristiano quede reducido a una problemática socioeconómica y política de urgencia. Acaso le tenga más miedo todavía al radicalismo subversivo de esta teología que les resulta incómoda a los que no se hallan directamente implicados en las luchas de los pobres. Para comprenderla hay que experimentar en carne propia y hay que medir intelectualmente los daños que causan a la gente la gestión económica neoliberal, el desprecio de los derechos económicos, sociales, culturales de los pueblos indefensos, la acumulación de la riqueza y del poder en manos de oligarquías, el dogma de la competitividad, la idolatría del dinero y las diversas formas de esa "cultura de muerte", a menudo importada de Occidente. Es ahí donde, a despecho de las proclamaciones oficiales del magisterio, se abre un abismo entre las mujeres y los hombres de a pie y una parte de la jerarquía eclesiástica. Pues, si uno se beneficia institucionalmente de determinados atributos de la riqueza y del poder, poco puede hacer suyas las prioridades de los pobres. Las posturas se ablandan y pierden mordiente. O, si permanecen firmes, uno es perseguido e incluso asesinado, como Mons. Romero, los mártires de El Salvador y tantos otros que están inscritos en el martirologio popular y en el Libro de la Vida.

A despecho de la presión ejercida por la corriente vaticanista para evitar el término "liberación", también en Santo Domingo (1992) se ha seguido en la línea de Medellín y

Puebla e incluso se ha añadido un nuevo capítulo sobre la necesaria inculturación del Evangelio. Pero esa teología tiende a debilitarse, cuando los obispos, vueltos a sus puestos, ante situaciones dramáticas se ven atrapados de nuevo por su rol de socios de los poderes públicos. Afortunadamente hay excepciones: por ej., los obispos comprometidos con las poblaciones campesinas e indígenas (en Brasil, los Andes, México, etc.).

Uno no se explica cómo, pese al sentido pastoral de Juan Pablo II, atento a los más desheredados, desde hace varios años, el Vaticano ha constituido en América Latina una red de obispos y nuncios cuyo estilo preocupaciones y alianzas desmienten el compromiso de la Iglesia católica del continente.

Demandas al corazón de la Iglesia

Se comprende que la alianza con los pobres pueda convertirse en contestación eclesial y que ésta la consideren subversiva unos responsables de la Iglesia situados "al otro lado", si no moral e intencionalmente, al menos física y socialmente.

A partir del Vaticano II la Iglesia como institución se ha acercado considerablemente al Evangelio. Pero la herencia de siglos sigue pesando. Muchos en la Iglesia reclaman una concepción evangélica de la autoridad, una opción más radical por la simplicidad y la pobreza evangélicas, el abandono de un aparato obsoleto. Sensible al misterio de la pasión de Cristo en los pobres, la TL lleva esas demandas al corazón de la Iglesia, no para abolir la institución, sino para que ella sea más conforme al abajamiento de Cristo (Lc 22, 24-27; Fl 2, 1-11).

¿Reduce la TL el contenido de la fe a una praxis de transformación social? ¿No es Jesucristo mismo y la fe en su nombre el corazón del mensaje? Por supuesto -responde la TL-. La Palabra de Dios y su presencia son una fuente inagotable que debe alimentar toda la vida humana. Hacéis bien en recordárnoslo. Pues estamos atrapados por la urgencia. Para hacer vivir a aquéllos a los que se les impide acceder a su humanidad, necesitamos una praxis humana y cristiana de liberación. Ésta es la llamada de Cristo: "Descubrir en el rostro sufriente de los pobres el rostro del Señor es algo que nos lanza un desafío a los cristianos" (Santo Domingo 178-179). Si el resto de la teología es más importante, afanémonos primero por conseguir lo elemental. Comencemos por las cuestiones acuciantes de la verdad y la solidaridad, y luego, libres de la obsesión por nuestros hermanos que perecen, ya nos ocuparemos del resto.

Al norte del planeta

A partir de sus instituciones de base y de su método, la TL interpela a la Iglesia y está en condiciones de iluminar no sólo a otras zonas del Tercer mundo, como ya lo hace, sino también a los habitantes del Norte del planeta.

Cuando el Vaticano expresa reservas respecto a la TL, en medios occidentales se está dispuesto a defender la libertad y la audacia de los hermanos del Sur. Pero ¿basta esta solidaridad -digamos- afectiva? ¿No ha de llevarnos a cuestionar la naturaleza de las relaciones Norte-Sur? ¿No hemos de considerar que nuestro bienestar depende de que

nos hemos apropiado de una parte de los recursos de la tierra que está muy por encima de lo que le correspondería proporcionalmente a nuestra población y que no podemos desentendernos dando, a mucho tirar, el 0,7% del PIB? Si esta teología habla en nombre de los pobres, ¿estimula nuestra preocupación por el futuro de las masas humanas desheredadas del Tercer mundo? Este futuro se decide ampliamente en el Norte. Ahora, por lo menos a corto plazo, los intereses del Norte no coinciden, generalmente, con las necesidades de los más pobres...

Gracias a los principios evangélicos, que constituyen su fundamento, cabe también aplicar, por analogía, la TL a la solución de nuestros propios problemas.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA